

## De la moral a la ética

### Una propuesta crítica para repensar lo personal y lo político desde la sabiduría práctica

El objetivo de este artículo es proponer un retorno a la concepción de la ética que Aristóteles nos legó a través de su idea de fronesis o sabiduría práctica, plasmada magistralmente en su ética nicomaquea y que posteriormente desembocaría en la razón práctica kantiana. A la vez, contraponemos al concepto de ética como sabiduría práctica -Φρόνησις-, el de moral-moralis- como costumbre, y expondremos buenas razones para desechar la moral (la costumbre) y adoptar la ética (la sabiduría práctica). Para desarrollar nuestro planteamiento nos apoyaremos en el abordaje que desde el pragmatismo realiza Charles Sanders Peirce y que desde la fenomenología hace Edmund Husserl. Además consideraremos el binomio Consecuecialismo (consecuencias) /Deontología (normas) como criterio esencial para poder estructurar una ética funcional tanto en lo político como en lo individual.

¿Qué nos dice Aristóteles sobre la ética?

Para Aristóteles la ética es la capacidad de comprender los diversos contextos y circunstancias a los que nos enfrentamos y a la vez el ser capaces de estructurar respuestas que estén en una relación proporcional a esos particulares contextos y circunstancias. El ejemplo ya clásico de Aristóteles es el de la valentía. Según la sabiduría práctica de Aristóteles, ser valiente no es responder siempre y en todo lugar de la misma forma, sin importar las circunstancias. Todo lo contrario, ser valiente consiste en responder en la justa medida a las circunstancias. Así, el valiente se diferencia del imprudente y del cobarde porque ni responde en un grado demasiado bajo ni responde en un grado demasiado excesivo, sino en la justa medida que las circunstancias demandan. Es por ello que Wittgenstein relaciona la ética con la estética, pues la estética consiste en la proporcionalidad, coherencia y correspondencia entre los elementos que conforman una obra, y la ética consiste en el actuar de manera proporcional, coherente y correspondiente con el contexto y la circunstancia que se presenta. La estética es el estructurar una obra basada en la justa medida entre todos los elementos que la constituyen y la ética es estructurar respuestas que se basan en la justa medida de las circunstancias y contextos. Por ello la razón práctica de Kant rechaza el dogma, el prejuicio, lo preconcebido y busca reconocer la realidad más allá de las costumbres y de las convenciones para así poder comprender en verdad los fenómenos y poder actuar en base a la razón, al reconocimiento de los fenómenos y no tan solo a lo preconcebido. Y es en pos de la razón práctica que Hegel desarrolla su fenomenología. Para poder responder racionalmente ante un fenómeno, debemos comprometernos con ese fenómeno, debemos comprometernos a dilucidarlo, a develarlo, a comprenderlo. Pues si no comprendemos en la mayor medida posible al fenómeno que se nos presenta y en el contexto en el que se nos presenta, será imposible estructurar una respuesta proporcional, coherente y correspondiente. Para responder en la justa medida, debemos primero comprender las cosas con la amplitud y la profundidad necesarias y suficientes. Y es aquí donde la moral como costumbre, como dogma, se contrapone a la ética.

La moral sería entonces toda concepción predeterminada de las cosas que no permite ver el fenómeno real que sucede ante mis ojos, pues abordo al fenómeno con un prisma conceptual que tan solo me permite ver la imagen predeterminada que previamente adquirí de ello. Ya no veo el contexto particular en el que se dan las cosas, sino la verdad genérica y universalizada que previamente adquirí. Ya no veo la realidad que sucede delante, pues la rechazo radicalmente en nombre del dogma que poseo y que ostento en cada ocasión. Así, la moral es basarse en concepciones predeterminadas, genéricas e impermeables que lo explican todo sin muchas veces siquiera tener relación con nada. La moral sería entonces un horizonte desde el que se da respuesta a todo sin tener contacto con nada. Mientras que la ética es el compromiso radical con la comprensión del fenómeno, la moral es el compromiso radical con la conservación de los modelos preconcebidos, a costa de la realidad misma.

Para Peirce, la ética consiste en adoptar una actitud pragmatista que sepa dialogar acertadamente con cada suceso y en cada momento particular. Es entender que la vida no se basa en realidades absolutas o metafísicas, sino en fenómenos contingentes, cambiantes, adaptables y que se afectan mutuamente. Por lo que un actuar ético será el actuar de manera pragmática, acorde a la realidad que sucede. Mientras que para Husserl lo ético se basa totalmente en el compromiso de aperturarse a lo que se me presenta, el compromiso a abrirme a escuchar, a percibir la realidad delante de mí, para así ser capaz de responder a lo que auténticamente está delante mío, en vez de a una idea preconcebida que no corresponda en lo más mínimo con la realidad, tal como sucede con todo dogma. Para Husserl, ética es compromiso con la realidad que tengo delante frente mí.

En palabras del mismo Peirce: “La moralidad consiste en el folklore de la conducta “recta”. El hombre ha sido educado para pensar que debe comportarse de ciertas maneras, por ello la moralidad es esencialmente conservadora. Todos sabemos lo que es la moralidad: es comportarse tal como han sido ustedes educados para comportarse. Es decir, pensar que deben ser castigados por no comportarse así. Pero creer que hay que pensar tal como se ha sido educado para pensar, define el conservadurismo. No se necesita razonamiento alguno para percibir que la moral es conservadurismo. Pero, una vez más, conservadurismo significa, como ustedes seguramente estarán de acuerdo, no confiar en las capacidades de razonar de uno. Ser un hombre moral es obedecer las máximas tradicionales de su comunidad, sin vacilación o discusión. La ética, en cambio, es el estudio de los fines de acción que estamos deliberadamente dispuestos a adoptar. O sea, la acción recta que se halla en conformidad con los fines que estamos dispuestos a adoptar deliberadamente. Esta ética genuina es la ciencia normativa par excellence, porque un fin —el objeto esencial de la ciencia normativa— está vinculado a un acto voluntario de un modo tan primordial como no lo está a ninguna otra cosa... Por otro lado, un fin último de la acción, deliberadamente adoptado —es decir, razonablemente adoptado— debe ser un estado de cosas que sea razonablemente recomendable en sí mismo, aparte de cualquier consideración ulterior.”

Así, a la moral no le importara la humanidad de quien está delante suyo, las necesidades más auténticas del prójimo son irrelevantes e incluso inexistentes para la moral, pues lo que importa es el dogma, la concepción predeterminada y lo que se buscara será que el dogma se replique, se imponga, a costa de lo que sea y de quien sea. La moral es por ello profundamente inhumana, pues no se interesa por la realidad del otro ni por la propia realidad, sino por la replicación irreflexiva del dogma. Mientras que la ética está profundamente comprometida con la realidad humana del otro y de mí mismo. La ética es el compromiso con lo humano y es el proceder práctico que lo reconoce y procura. La ética es el dialogo con la realidad del prójimo, es el reconocimiento de la alteridad, de lo otro, es el reconocimiento del rostro humano del otro y el reconocimiento de mi propio rostro humano, y el compromiso a actuar en correspondencia.

Y es aquí donde entran en juego el consecuencialismo y la deontología. La ética es siempre consecuencialista y la moral es siempre deontológica. Es decir, la ética se preocupa por las consecuencias reales de seguir una línea de acción, mientras que a la moral no le importan en sí las consecuencias, sino meramente el seguir irreflexivamente y a priori un principio predeterminado. Cuando lo que se sigue es la aplicación de un principio, sin importar el contexto ni las circunstancias de aplicación, y por ende las consecuencias, se corre el peligro de causar enormes daños tanto a uno mismo como a los que nos rodean. Eso se ve claramente en los fundamentalistas religiosos y en los fanáticos ideológicos que siguen ciegamente ciertos principios sin hacer el más mínimo ejercicio para contextualizar las cosas e intentar responder en una mínima proporcionalidad acorde a la realidad que se presenta. El problema de la deontología fundamentalista es que no sigue principios como una ruta para conseguir ciertos fines, ciertas consecuencias, sino que sigue esos principios por sí mismos, sin ver hacia donde llevan ni que consecuencias producirán. Ese dogmatismo, rechaza la realidad fenoménica y los contextos pragmáticos para anteponer siempre su propio horizonte de preconcepciones. Y si bien es cierto que siempre es necesario partir de principios generales (más no universales) -pero falsables y eficientizables-, esos principios siempre deben ser

una ruta, un medio para la consecución de ciertos fines y de ciertas consecuencias. Los principios desligados de sus consecuencias son muy peligrosos. Mientras que fines sin rutas racionalmente trazadas, difícilmente se alcanzan. Por ello Jeremy Bentham planteo como las dos caras de la misma moneda a los principios normativos y a los fines, la deontología y el consecuencialismo.

Esto traducido al ámbito político es trascendental, pues la mayoría de los políticos se guían de principios morales que más que ayudar al progreso de las sociedades, acaban ocasionando mayores índices de pobreza y de inseguridad, y mayor retraso social. Pues se enfocan en la consecución del principio moral en sí mismo y no en la comprensión de los fenómenos reales que aquejan a las sociedades. Y por ello nunca estructuran respuestas reales a los problemas reales, pues jamás los reconocen por estar ideológicamente enajenados.

Y aquí es donde la filosofía política tiene una larga historia de pugnas entre lo moral y lo ético, entre el ejercicio del reconocimiento y el ejercicio de la replicación dogmática e irreflexiva de prejuicios. De la izquierda a la derecha, la historia está plagada de narrativas que entronizan sistemas morales que a la larga acaban causando muchísimo daño a las sociedades mismas que los han elegido.

Por ello es que el ejercicio de la razón crítica, el ejercicio pragmático y fenomenológico de comprometerse con la realidad, de comprometerse a reconocer lo que son las cosas y de comprometerse a estructurar respuestas que sean coherentes y proporcionales a los fenómenos que están ahí y no meras respuestas dogmáticas basadas en preconcepciones, es la base fundamental para la superación de los conflictos sociales, culturales, económicos, educativos, tecnológicos y políticos de todas las sociedades.

En toda América Latina el problema de la enajenación ideológica, tanto por parte de la derecha como por parte de la izquierda, es bastante grave y es sin duda alguna la razón por la que toda la zona, a pesar de poseer tantos recursos naturales, se mantiene en un ciclo interminable de malos gobiernos y de pésimas políticas que le impiden a toda la zona salir de los altos índices de pobreza, de violencia y de retraso social.

Los políticos, tanto de derecha como de izquierda, siguen vendiéndonos narrativas plagadas de principios morales muy atractivos, pero que en realidad no llevan a resolver ningún problema, al contrario, siguen acentuando los problemas ya existentes. En México la situación es desalentadora, pues ante el uso polarizado y radicalizado de las narrativas moralistas tanto de la derecha como de la izquierda, pareciera que la mayoría de la población ha quedado atrapada en una subjetividad y en un relativismo preocupantes. Y es preocupante porque este solipsismo ideológico provoca que ambas masas de la población –la izquierda y la derecha- se mantengan aisladas de la realidad y ciegas a los fenómenos que día con día suceden. Esta enajenación ideológica ha llevado a nuestro país a ser ciego de los verdaderos problemas de fondo y ha impedido desde hace mucho el reconocer la raíz de los problemas económicos y sociales, así como la estructuración de políticas verdaderamente eficientes. Y es que cuando no se reconoce lo que es por estar enajenado en lo que se quiere creer, no hay forma de afrontar eficientemente la realidad, ni mucho menos actuar en consecuencia. Los políticos son los únicos que se benefician de la falta de sabiduría práctica de las masas, pues día con día se hacen más ricos y más poderosos conforme las masas –igual de izquierda que de derecha- persiguen irreflexivamente principios a priori, sin razonar las implicaciones reales ni las consecuencias que el seguir o consecuentar esos principios conlleva.

Lo que América latina en general necesita y México en particular, es dejar de seguir irreflexivamente narrativas morales que en la superficie suenan muy bien pero que en el fondo llevan la semilla de la pobreza y de la acumulación del poder en las manos de los políticos. Ideas como estado de bienestar, repartición de la riqueza, abrazos no balazos y demás discursos moralinos pueden sonar muy bonitos, pero son las tonterías que nos mantienen atados al tercer mundo.

Por lo tanto, si queremos salir del tercer mundo de una vez por todas, debemos dejar la moral, el dogmatismo y las preconcepciones para abrirnos seria y comprometidamente al ejercicio de la razón crítica y de la sabiduría práctica, pues solo se puede avanzar cuando se reflexiona, cuando se ejerce el pensar.